

El doctor, como acabamos de ver, llegaba a su casa sin haber sucumbido, y con la mano tinta en sangre.
¿Qué había sido de Núñez?

CAPITULO IX

La feria de Tlalpan

Han transcurrido algunas horas desde que vimos al doctor dirigirse a la prisión en que gemía la desdichada Luz. El sol del nuevo día se había presentado claro y esplendente.

Sus primeros rayos sorprendieron a don Diego, al esposo de Elisa, revisando un plan de juego que había concebido, según él, para ganar siempre.

Después arregló todo para su marcha, y dueño del dinero que acababa de entregar a su esposa un criado de parte de la hermosa Clotilde, salió de su casa con el corazón henchido de placer y de esperanza, se metió en un ómnibus, y acariciando en su imaginación mil bellísimos proyectos para el porvenir, partió para Tlalpan, seguro del feliz éxito de su empresa.

Dejémosle, pues, caminando engolfado en un océano de risueñas ilusiones y ocupémonos, entre tanto, en dar a conocer al lector el pintoresco sitio a que se dirige, y uno de los más animados y deliciosos en los alegres días en que nos encuentra nuestra historia.

Después de Tacubaya, que debe considerarse como el Aranjuez de México, el pueblo de más importancia de los que rodean a la hermosa capital del antiguo azteca, es «San Agustín de las Cuevas», que aun conserva el nombre primitivo de «Tlalpan», que tuvo antes de la conquista, y que en mexicano quiere decir: «tierra arriba».

Su situación es de las más poéticas.

Hermosas haciendas en donde se dan en abundancia el trigo, el maíz y la cebada, se extienden a sus pies; riquísimas huertas cubiertas de árboles frutales, la engalanan; espaciosas calzadas, orilladas de frondosos álamos, le ponen en comunicación con la grandiosa capital de México, y cristalinios manantiales de agua, como el llamado «Ojo del Niño», la fertilizan.

Pero no es de su frondosidad ni de su deliciosa posición, de las que me voy a ocupar en este instante, sino del ri-

sueño aspecto que presenta en la Pascua del Espíritu Santo, en que se celebra una feria por espacio de tres días, y en los cuales se traslada la población entera de México a las rústicas casas de San Agustín, que dista cuatro leguas de la capital.

La feria de Tlalpan es, acaso, la única en su especie, en el mundo. En ningún país, al menos que yo lo sepa, tiene lugar un espectáculo tan sorprendente.

No es una feria como las que se celebran en las grandes naciones europeas, a donde concurren los comerciantes, los campesinos y los fabricantes, unos con sus géneros y con sus ganados otros, a vender sus mercancías. Aquí es una feria donde sólo es menester que le sople a uno la fortuna por un instante, para enriquecerse. Son tres días destinados al juego, y en que el libro de cuarenta hojas es el árbitro del porvenir de muchas familias.

Desde los gobiernos virreinales le fué concedida a San Agustín de las Cuevas la feria que se celebra los tres días de la Pascua del Espíritu Santo. En ella está permitido el juego, y las personas que en la ciudad no son capaces de arriesgar el valor de un garbanzo al azar de una carta, aquí arriesgan algunas onzas por vía de pasatiempo, y por pagar tributo a la costumbre.

No hay un solo carruaje que esté ocioso en México desde el primer día de Pascua; todos van a Tlalpan cargados de gentes de ambos sexos, sin distinción de clases, dispuestas a perder algo. Los dependientes, los amos, los propietarios, los artesanos, el bullicioso estudiante, el grave catedrático, los poetas, los periodistas, todo el mundo, en fin, se dirige con la esperanza en el corazón a ese punto que halaga con el brillo del oro que en sus mesas está dispuesto para el que sea favorecido por la suerte.

El camino está cubierto de un gentío inmenso que marcha, ya a caballo, ya en coche, ya en ómnibus, y no pocos de la clase pobre y alegre, en carretones entoldados con alguna frazada, pero todos alegres, contentos, saludándose a gritos al pasar, y cantando.

Al llegar al sitio deseado y desmontar del coche o del caballo, el primer encuentro es el de multitud de ciegos, cojos, mancos y tullidos, que le rodean a unó, le siguen y le acosan pidiendo con plañidera voz «una corta limosna por el amor de Dios», que es el único dinero que emplea bien el hombre en aquel sitio de goces y de placeres, donde al lado de la humanidad feliz y gastadora, gime la doliente, enferma y miserable, que vive de la santa caridad.

Los carruajes se detienen a la entrada de la plaza, en que hormiguean en aquel momento millares de personas de todas clases, sexos y edades.

Allí centenares de indias venden todas las frutas de todas las zonas, el mamey, la dulce chirimoya, la pera, el rico plátano, el coco, el oloroso perón, la delicada anona y el exquisito mango.

En distintos puntos de la misma plaza y bajo maltratados sombreros, enfrente a una mesa cubierta con una frazada que sirve de carpeta se ve aquí al rolero excitando la codicia de los incautos, ofreciendo treinta por uno; más allá al del «imperial» prometiéndole iguales halagadoras ventajas; en otra parte al del «carcamán», que con los dados en un sucio cubilete de hojalata, grita con ronca voz mientras los mueve con su cetrina mano, «por claco, medio; por cuartilla, un real»; y por do quiera multitud de banqueros de corto capital, que, al aire libre, y rodeados de amigos que fingen apostar, para atraer a la gente del bajo pueblo, pues ninguna otra se acerca a estas mesas sino para observar, despluman a los cándidos pichones que, atraídos por el cebo de la plata, dejan cuanto llevan en las garras del gavilán.

Pero atravesemos por entre las multiplicadas mesas de tanto juego de azar, alrededor de las cuales se agolpa la clase media acomodada, y penetramos en las casas principales de banca, en que noche y día, durante los tres días de Pascua, se juega sin cesar un solo instante.

Aquí todo es lujo imponente y regio.

Los salones están llenos de gente de fina educación, que no aparta la vista de las cartas que van cayendo sobre la mesa cubierta de onzas de oro; ni una queja, ni una palabra de disgusto sale de los labios de los jugadores; y sólo interrumpe el sepulcral silencio que reina, el ruido del dinero que pasa del poder del banquero, al del que ha apostado, o del de éste al depósito de aquél.

Yo he contado muchos años veinte casas de banca, sobre cuyas mesas había más de dos mil onzas en cada una, con otras tantas de reserva, haciendo, entre todas, un total de ochenta mil onzas, o lo que es lo mismo, un millón doscientos ochenta mil duros, sin contar las gruesas cantidades que para apostar llevan los concurrentes.

Pero, ¿quién es aquel hombre de aspecto severo y de semblante pálido que está sentado cerca del que baraja, y que ostenta enfrente varios montones de onzas que acaba de pagarle en este instante el banquero?

Es Diego, el esposo de Elisa, que empieza a ver realizarse su dulce ensueño de grandeza.

En este momento le sonríe la fortuna.

Su plan no ha fallado hasta ahora, y si la inconstante diosa no le vuelve la espalda por espacio de media hora, como está firmemente convencido, pronto será dueño de todo el dinero que brilla encima de la tersa carpeta.

La voz del banquero gritó: «cinco y caballo».

Diego puso al cinco cien onzas.

Un joven de expresiva fisonomía que estaba detrás de él apostando a la contraria, y que, por lo mismo perdía, puso todo lo que tenía al caballo.

Un venerable anciano, oculto entre la multitud de jugadores, observaba hacía tiempo a este joven, sin apartar de él la vista, y profundamente conmovido.

El tallador corrió la baraja.

Todos fijaron los ojos con indecible afán en las cartas que iban saliendo, latiéndoles el corazón a cada una que empezaba a asomar.

En sus fisonomías, que cambiaban a cada instante de expresión y de color, se ve marcada, unas veces el temor, ya la esperanza, ya el placer, ya la desesperación.

Una de las cartas empezó a presentarse.

En aquel instante varios jugadores hicieron un gesto horrible, dejando oír algunos sonidos inarticulados.

El tallador, con imperturbable calma y voz llena, gritó: —El cinco a la segunda.

El joven se puso cadavérico; llevó la mano a la frente para quitarse el sudor, y el anciano le miró compadecido.

Diego unió a las onzas que tenía, las cien que acababa de ganar.

El joven se registró los bolsillos con ansiedad.

—¡Nada!... ¡No tengo nada!...—dijo para sí con desesperación; y miró a todas partes con frenéticos y avarientos ojos.

Su fisonomía, que era hermosa, estaba contraída por la ira y el despecho.

Se conocía que aquel joven no había ido a Tlalpan con el sencillo objeto de divertirse, como lo hacen generalmente los que concurren a esa fiesta.

En su gesto, en los cambios continuos de su semblante, en su intranquilidad, en su siniestra mirada y en su constante afán, se revelaba al jugador de profesión, que no tiene más amor ni más pensamiento que el oro.

Y no se hubiese engañado quien esto hubiese creído.

Aquel joven era el mismo a quien vimos desesperado en

casa de Duval, vender el marco de oro de un retrato que pescató después, y cuya pasión al juego había causado la muerte de su amada esposa y de su inocente hija, víctimas ambas de la miseria y de su abandono.

Sí, era Ernesto, a quien el lector vió miserable y desesperado en Culhuacán, en casa del Padre Enrique.

Siempre que la suerte le era contraria, se proponía interiormente dejar el juego para siempre si una vez le sonreía la fortuna, pero estos propósitos nunca se cumplían. Cuando ganaba, nunca le parecía bastante la cantidad adquirida, y queriendo aumentarla algo más, lo perdía todo.

Entonces se ponía frenético, y se lamentaba de no haberse retirado a tiempo, y volvía al mismo propósito. Pero cuando la ociosidad es un hábito; cuando el vicio se ha arraigado en el corazón del hombre de una manera profunda; cuando el pensamiento se ha extraviado con una idea que está siempre fija en él; cuando el alma ha renunciado a los fueros de la razón, dejándose supeditar por las bastardas pasiones; cuando el pudor y la vergüenza han desertado del individuo, y a los rectos principios de moral cristiana han reemplazado los del desorden y la licencia; cuando pesa sobre la conciencia un remordimiento terrible, acusador, constante y justo; cuando el hombre tiene que acusarse de haber causado la muerte de algún ser a quien tenía la obligación de amar toda la vida, no es posible que encuentre un momento de felicidad en la tierra; preciso es que ese hombre expíe en el mundo parte de su enorme delito, sufriendo un castigo proporcionado a su crimen, y no hay linaje de pena mayor ni más terrible para un vicioso, que el vicio mismo.

Harto conocía Ernesto esta verdad; pero a pesar de eso, entonces, más que nunca, se creía él con fuerzas suficientes para cumplir su propósito.

—¡Oh! Si yo llegase a ganar una cantidad para vivir decentemente trabajando con ella—decía interiormente—, no volvería a pisar ninguna de estas casas donde el hombre, olvidando hasta los sentimientos más tiernos de la naturaleza, se hace inferior a las mismas bestias. Pero ¡nada tengo!... ni hay ninguno tampoco de mis amigos que quiera prestarme... ¡Amigos!... ¡En el juego no hay amigos!... No hay más que seres ambiciosos, de corazón empedernido, codiciosos del dinero que uno lleva, que anhelan la ruina de aquel a quien estrechan la mano!...

Y el joven volvió a llevar la mano a los bolsillos; pero nada encontró.

De repente sus dedos tropezaron con un objeto, y su frente se iluminó con un rayo de esperanza.

—El siete y el rey—volvió a decir el tallador, presentando otro albur, después de haber barajado perfectamente la baraja. A aquella voz, todos guardaron silencio.

Los «puntos» colocaron su dinero a la carta que eligieron. Diego puso las doscientas onzas al siete.

El joven, que había luchado con mil distintos afectos desde que sus dedos tropezaron con el objeto que acariciaba su mano dentro del bolsillo, dominado al fin por una especie de frenesí, lo sacó, y colocándolo sobre el rey, dijo:

—Vale diez duros.

El anciano, durante aquella lucha interior, se había acercado al joven y colocado a su espalda sin ser visto por éste.

—Se admite por los diez—contestó con calma el banquero, después de haber examinado la prenda y de haberse cerciorado de que valía doble.

—¡Corre!—dijo el tallador.

—¡Esperad!—exclamó el anciano con terrible voz, apoderándose del objeto colocado sobre el rey—. ¡Esta prenda no puede ser jugada!... ¡Es la imagen de la mujer que dió la vida al infame que le juega!...

—¡Padre mío!...—dijo aterrado el joven Ernesto, y reconociendo al anciano.

—¡Sí! ¡Tu desgraciado padre, que ha tenido que emprender un viaje hasta México para convencerse de lo que le contaban..., de lo que no podía creer..., de que su hijo era un criminal!... ¡El asesino de su tierna esposa y de su inocente hija!...

—¡Perdón, padre mío, perdón!...—dijo horrorizado Ernesto.

—¡Sí..., te perdono!...—contestó conmovido el anciano—. ¡Te perdono..., porque un padre no puede hacer otra cosa más que perdonar a sus hijos!... Pero no puedo perdonar a los infames que se ocupan en corromper el corazón de la juventud, abriéndoles las puertas de sus abominables casas, donde los hombres se reúnen para robarse unos a otros lo que llevan..., lo que debieran consagrar al sustento de sus desgraciadas familias...

El banquero, que había permanecido impasible, y que no era otro que Duval, volvió el rostro para reconvenir al que así se atrevía a insultarle.

El inconsolable padre, a su vez iba a dirigirle la palabra; pero al clavar la vista en el rostro de Duval, se estremeció de sorpresa y no pudo contener esta exclamación: «¡Dios mío!», que se escapó de sus labios.

Duval, cuyos crímenes le hacían vivir temiendo siempre, recogió aquella exclamación con terror y sobresalto; fijó la vista con atención en el que la había proferido, pero por más que llamó a la memoria en su auxilio, no pudo recordar haber visto otra vez sus facciones.

Sin embargo, la sorpresa y la exclamación del padre de Ernesto le hicieron creer que aquel hombre le conocía, y esto le inquietó sobremanera.

Pero todo esto fué instantáneo; rápido como la luz del relámpago.

El anciano sorprendió la conmoción que había causado en Duval su exclamación; pero dudando aún de su memoria, le echó otra mirada analizadora y se alejó, acusándole de haber arrastrado a su desgraciado hijo a la senda de la infamia y de los vicios, y dirigiendo a éste una mirada de reconvención y de piedad.

Ernesto quedó inmóvil, con los brazos cruzados, fijos los ojos en el suelo, la cabeza inclinada sobre el pecho, y sin atreverse a desplegar los labios.

Pasado aquel instante de sorpresa, el tallador, que había suspendido el albur, volvió a gritar:

—¡Corre!

Todos los «puntos», olvidándose de lo que había pasado, fijaron la vista en las cartas.

Duval, inquieto por la palabra que se le había escapado al anciano al verle, e interesado por lo mismo en saber quién era y de dónde, se levantó mientras los demás estaban entretenidos en ver correr el albur, y se acercó a Ernesto, que permanecía mudo y quieto como una estatua.

—¡Vamos..., no hay que abatirse por tan poco!...—le dijo, tratando de halagarle, para entrar en conversación con él y saber lo que deseaba—. Su padre de usted exagera las consecuencias de una pasión generalizada en todo el mundo. Siempre los viejos ven peligros donde no hay más que un inocente pasatiempo.

En aquel instante gritó el tallador:

—¡El siete mozo!...

Ernesto se estremeció como si le hubiesen tocado la máquina eléctrica.

Había puesto al rey, y hubiera perdido la imagen de su amorosa madre, a no habérsela quitado tan a tiempo el anciano.

Esto lo hizo estremecer y pensar en su crimen.

—¡No!...—exclamó horrorizado, dirigiéndose a Duval—. Mi padre no exagera. ¡El juego es un vicio detestable..., desor-

ganizador..., criminal!... ¡Y el jugador un infame..., el que envenena la existencia de sus honrados padres..., el verdugo de su familia..., el asesino de su esposa y de sus hijos!...

Y, horrorizado de sí mismo, y como si el ruido del dinero y la voz del tallador fuesen los acusadores que le recordaban en aquel instante su criminal conducta, maldijo el día en que se apartó de la senda de sus deberes, y salió precipitadamente a la calle, echando una mirada de indignación sobre la concurrencia.

Duval hizo una seña para que se acercara, a un hombre que, sentado en una silla, había estado presenciando todo con la mayor imperturbabilidad.

El hombre se acercó, y Duval le dijo en voz baja:

—¿Ha visto usted, doctor, al anciano padre de ese joven que acaba de salir?

—Perfectamente—contestó Willey.

—Me interesa saber dónde vive; búsquele usted, pues, y no le pierda de vista; si toma un carruaje y se va a México, sígale usted en el mío hasta ver en qué casa entra.

El doctor, sin detenerse un instante, salió a cumplir las órdenes de Duval, quien, aunque inquieto y sobresaltado interiormente, se volvió a sentar en la mesa de juego, fingiendo la más tranquila calma.

CAPITULO X

Continúa la feria

Era el tercero y último día de la feria de Tlalpan.

La gente empezó a llegar de México al pueblo de la fiesta desde las tres de la tarde, hora en que los dueños de los almacenes y tiendas cierran en ese día sus establecimientos con objeto de que los dependientes disfruten del regocijo general.

Aun no había la suficiente concurrencia de «puntos» en la casa de juego de Duval, y éste y el doctor, por lo mismo, dejando a cargo del director la «banca», se paseaban en una pieza contigua, entregados a una conversación interesante para ellos.

—¿Es decir que nada ha dejado usted por recorrer para encontrar a ese anciano?—preguntó el primero.

—Nada; recorrí la plaza, las fondas, el palenque de gallos, asistí por la tarde al baile del Calvario, y, por último,

en la noche, al que se celebra en los Gallos, y en ninguna parte pude dar con él.

—¿De manera, que se puede asegurar que no está ya en Tlalpán?

—Sin duda; ni en ninguna de las posadas de México tampoco, porque ayer marché a la ciudad y las recorrí, dando las señas del individuo, y nadie le conoce ni me dió razón de él.

—¡Es cosa extraña!

—Tal vez se habrá marchado a su pueblo, al cerciorarse de la conducta de su hijo, único motivo que lo trajo, según aseguró en su enojo.

—¡Ojalá sea así!—contestó Duval pensativo.

—Pero, ¿qué teme usted de él? ¿Ha tenido usted jamás otros negocios que los de fabricación de moneda?

—¿Yo?—dijo titubeando Duval—. No..., ninguno...

El doctor, con su vista perspicaz y escudriñadora, leyó en la conciencia de su interlocutor, y dijo para sí:

—Me oculta algún secreto.

Y luego añadió en alta voz:

—Siendo así, nada debe inquietarnos. Solamente nuestros corresponsales pudieran alguna vez llegar a sospechar algo; pero ese anciano, si no me engaño, no se cuenta en el número de ellos.

—Es verdad—contestó Duval, siempre preocupado con una idea que le había asaltado.

—Además de que no creo que será muy difícil informarnos de quién es.

—¿Cómo!... ¿Ha encontrado usted algún medio para conseguirlo?—preguntó Duval, pasando repentinamente de la reflexión a la alegría.

El doctor, que no perdía la más ligera gesticulación de su interlocutor, entreabrió los labios, dejando ver en ellos una sonrisa maliciosa, y contestó con gravedad:

—¿Qué mejor medio que el juego? ¿Hay jugador a quien le dure el arrepentimiento veinticuatro horas?

—Ninguno.

—Pues bien; esas veinticuatro horas han pasado, y el hijo de ese anciano volverá a este sitio, atraído por la sed del oro, y entonces podremos saber por él mismo lo que tanto parece le interesa a usted.

—Tiene usted razón; tal vez se encuentra ya en la sala de juego.

—Probablemente, y si aun no está, estoy seguro de que no nos hará esperar mucho.